

COTIDIANIDAD Y ETERNIDAD

Releyendo a Unamuno en Japón

Mis alumnos del curso de filosofía española me hicieron redescubrir una poesía unamuniana al contrastarla con un autor japonés¹. Así fue cómo aquellos versos de don Miguel que comienzan "Miraba a la mar la vaca..." cobraron un sentido nuevo para mí al releerlos junto a una de las piezas maestras del poeta japonés Takamura Kotaró. Takamura ha cantado en unos versos inolvidables "los ojos de la vaca"². Leída por los japoneses la poesía de nuestro don Miguel, resaltan sobre todo algunos matices más fácilmente transportables en clave oriental. Por ejemplo, la estrofa en que dice:

Miraba a la mar la vaca;
la vaca era la mar, se hacía mar,
y la mar era otra vaca...

Estas líneas adquieren una resonancia nueva sobre fondo japonés e invitan a pensar sobre el tema de la identificación con la naturaleza. En el contexto de una clase sobre la "filosofía del presente", en la que se intentaba cotejar el pensamiento unamuniano del "eterno presente histórico" con algunas sugerencias del filósofo japonés Nishida³, las palabras de esta poesía sobre la vaca que mira la mar y se hace mar, aparecían bajo nueva luz. La vaca que vio Unamuno estaba más allá de la risa y el llanto,

En la repisa del infinito
donde se quiebra
en espuma el quebranto
y en silencio el grito...

Apuntan estos versos a esa dimensión que trasciende de eternidad lo cotidiano. Precisamente este tema de la fusión de eternidad y cotidianidad

¹ Debo gran parte de las sugerencias de este artículo a los alumnos del seminario sobre Unamuno, comenzado hace tres años en la Facultad de Letras de la Universidad Sofía. Parte de los resultados de dicho seminario la he dado a conocer en la revista *Razón y Fe*, dic. 1971.

² Uso aquí el vol. 10 de la colección *Nihon no shika* (Poemas japoneses), Tokio, ed. Chuuo Kooron, 1967.

³ UNAMUNO: *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, 1969, VI, 747.

⁴ Cf. el número especialmente dedicado a filosofía japonesa en la revista *Pensamiento*, 27 (1971) n. 105, enero-marzo.

fue el que evocó la alusión a Takamura Kotaró y, en particular, a su poesía sobre los ojos de la vaca. El lector occidental no necesita muchas aclaraciones sobre Unamuno, pero quizás oiga por primera vez el nombre de Takamura Kotaró. Nació este poeta japonés en 1883, en Tokio y creció como hijo castizo de la capital del Japón. Su padre era un famoso escultor, pero él se orientó más bien hacia la literatura, sobre todo poética. Su espíritu indómito y lleno de aspiración por lo ideal le hizo desilusionarse de la ciudad y de los hombres que vivían apresurados en ella. Diversas circunstancias personales y de la época en que le tocó vivir le hicieron desembocar en un cierto aislamiento de desconfianza y oposición al ambiente que le rodeaba. Iba tras un humanismo auténtico y esa búsqueda añadió profundidad a su poesía. Se encontró a sí mismo en el amor a su mujer, Chieko, que fue para él como un camino de salvación. Pero Chieko perdió el juicio y tuvo que ser internada en una clínica de enfermos mentales. La experiencia de una vida de sufrimiento y contradicción, que culminaba en este contratiempo, afectó hondamente al poeta y contribuyó a recalcar el acento dolorido de sus versos. Esta tonalidad gris les hizo, por otra parte, ganar en hondura como reflejo de una vivencia íntima de los problemas del hombre. Takamura seguía refugiándose, a pesar de todo, en el mundo de su mujer que parecía salvarle de la vaciedad de este otro mundo, el de los aparentemente sanos. Durante la guerra desconcertó a los que esperaban ver en él a un hombre de la oposición y llegó a exaltar la nota patriótica. Pero después de la derrota confesó lo que había de equivocación en su postura. Merecen citarse especialmente entre sus composiciones los versos en que toma como personaje centrales diversos ejemplares del mundo animal, en los que proyecta su nostalgia por un humanismo auténtico que, por desgracia, no acaba de darse en el mundo de los hombres. La intuición profunda del problema del hombre y de la vida, unida al sabor poético de lo casero y cotidiano, es la característica típica que madura en él hasta el fin de sus días en 1956⁵.

Dejando para otra ocasión el hacer un comentario más detallado, me limitaré a reproducir aquí para el lector de habla castellana algunas estrofas de "La vaca" de Takamura Kotaró, aunque consciente de que toda traducción literaria, sobre todo de poesía, está condenada a no ser sino pálida sombra del original:

Ojos de la vaca
deliciosamente encantadores,
negruzcos y de largas pestañas.
Ojos evocadores
de lo eterno en lo cotidiano.
Ojos de santo los ojos de la vaca...

⁵ El libro más reciente que conozco sobre este poeta es *Estudios sobre Takamura Kotaró*, de T. TSUNODA, publicado por la ed. Yuuseidoó, Tokio 1972.

Mirando a la naturaleza se mira
se mira a sí misma.
Y mirándose a sí misma
descubre la naturaleza.

No se apura,
despaciosa
camina la vaca,
naturalmente...

Vaca grande de astas severas,
baba franca, mugido cariñoso,
tenso músculo...

Despaciosa camina la vaca,
con paso firme huella la tierra
de la prosaica llanura...

Tal es una muestra de los versos de Takamura. Me parece que a Unamuno le habrían gustado y, muy probablemente, se habría apresurado a recomendárselos a su buen amigo el poeta Maragall.

Al comparar la poesía de Unamuno sobre la vaca con la correspondiente de Takamura, en su totalidad y no sólo los fragmentos aquí citados, dos frases del autor español llamaron particularmente la atención de los alumnos japoneses: "se hacía mar" y "en la repisa del infinito". Estas frases sirvieron de hilo conductor para introducir el tema unamuniano del presente y la eternidad. Fueron precisamente las sugerencias que hallamos desparrramadas por la obra de don Miguel acerca de la búsqueda de lo eterno en el presente, en la vida difusa de lo popular y cotidiano, las que hicieron a los japoneses relacionarlo con Takamura Kotaró y recomendarme su lectura. Es que habían encontrado en el "Unamuno contemplativo" un punto de empalme con la experiencia oriental. De todos modos, no hay que olvidar a un buen número de lectores japoneses para los que tuvo más atractivo el lado quijotesco y combativo de nuestro escritor, ya que en él resaltan aspectos menos frecuentes en el mundo literario oriental.

Al hacer el año pasado la recensión de la traducción japonesa de *La agonía del cristianismo*⁶ insinué el doble eco que el Unamuno trágico y el contemplativo ejercen respectivamente al ser captados por los japoneses. Me refería entonces a la doble misión que el pensamiento de Unamuno puede ejercer en el campo del diálogo hispano-japonés: "El lado activo y quijotesco de don Miguel, precisamente por lo que contrasta con lo japonés, puede provocar el encuentro fecundo y 'polémico' de caracteres opuestos llamados a completarse. El lado contemplativo unamuniano

⁶ *Cuadernos*, 21 (1971) 157-158.

empalmará más bien con la tradición del pensamiento oriental. Esas dos caras harán que el estudioso japonés se sienta a la vez atraído por Unamuno y confrontado con él". Hoy añadiría una reflexión más sobre el "reflujo" de esa influencia de lo español en lo japonés. Se ve uno obligado a repensar y valorar lo propio estimulado por el contacto con lo ajeno. Una relectura de Unamuno desde Japón nos hace reapreciar su lado contemplativo y creemos descubrir de nuevo al don Miguel de lo popular e intrahistórico, de lo eterno cotidiano, del sosiego de vivir y del momento presente...⁷.

El poema sobre la vaca que "se hacía mar" puede servir muy bien como uno de los ejemplos del Unamuno contemplativo que puso de manifiesto Blanco Aguinaga⁸. Ya en 1908, al describir una de sus andanzas por tierras de Portugal⁹, había reunido Unamuno los temas de lo cotidiano, lo prosaico, lo triste y lo eterno en torno a aquellos bueyes "tirando playa arriba las cuerdas de las redes". Quizás se los evocaron de nuevo las vacas de Hendaya cuando escribió los versos que envió a Valery en 1926. A juzgar por lo que él mismo dice, la inspiración más directa le vino de un recuerdo de Fuerteventura, el del camello frente al mar con todo lo que tiene de visión simbólica.

¿Le parecería la mar otro desierto? ¿Lo distinguiría? Pero aquí en esta brava costa vasca, he visto vacas pastando en praderas que dan a la mar.

¿Qué piensa una vaca cuando mira a la mar? ¿Piensa en algo? Pero, ¿qué es pensar la mar, verla, para una vaca?... Es capaz un irracional —lo que llamamos un irracional— de contemplación meramente estética, o sea, de contemplación, así a secas? Desde luego, no son capaces de ella muchos racionales, pero precisamente a causa de su razón. Porque la razón es utilitaria...¹⁰

En la traducción francesa Matilde Pomés escribió "se faisait mer"¹¹. Cuando se discutió por los alumnos japoneses la traducción del poema unamuniano, alguien recordó una expresión de Nishida, que se remonta al budismo Zen, sobre el "pensar las cosas haciéndose lo pensado" (*Mono to natte kangaeru*). En esa actitud que persigue "la forma de lo informe" y "la voz de lo sin voz" resuena el eco de la nada budista como trasfondo

⁷ Cf. O.C. (Escelicer), I, 68-72; I, 77-79; I, 783 ss. (*La tradición eterna*); P. H. FERNÁNDEZ: *El problema de la personalidad en Unamuno y en San Manuel Bueno*, Madrid, Mayfe, 1966, 3-12.

⁸ C. BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, México 1959.

⁹ *La pesca de Espinho*, O.C. I, 218.

¹⁰ *Caras y caretas*, Buenos Aires, 15-V-1926. Cit. por M. GARCÍA BLANCO: *Don Miguel de Unamuno y sus poetas*, Salamanca 1954.

¹¹ *Cuadernos*, 1 (1948) 68-70.

de la experiencia pura de Nishida¹². A propósito de este último y en relación con Unamuno es interesante notar que un par de estudios comparativos han coincidido en referirse a la "stream of consciousness" de William James al tratar de la "experiencia pura" de Nishida y del "flujo de continuidad" de Unamuno, respectivamente¹³. No me es posible ahondar en un tema tan complicado en esta breve nota. Por otra parte, la finalidad principal de estas líneas, escritas en tono de mera sugerencia, es subrayar el campo que se abre para el redescubrimiento de algunos aspectos unamunianos y del pensamiento español, al reinterpretarlos desde lo oriental y a la luz de pensadores tan distintos de nosotros.

Lo dicho hasta aquí intentaba llamar la atención sobre los temas de la cotidianidad y el presente como rasgos destacados por lectores japoneses de Unamuno. Profundizando el lado filosófico del tema, habría que contrastar el énfasis occidental en el pasado y futuro, como vías hacia el más allá, con la que podríamos denominar "metafísica oriental del presente". La tradición metafísica occidental ha venido explotando las vías de causalidad y finalidad como dimensiones humanas de apertura a la Absoluta Trascendencia. Frente a esta forma de exploración metafísica, por el camino de la búsqueda de fundamento último y de sentido, el Oriente nos aporta algo peculiar suyo en el camino que se abre hacia lo eterno pasando por el presente, en el que se da la intuición de la unidad y totalidad del ser¹⁴.

Quizás Unamuno habría asentido a esas intuiciones de los pensadores orientales. El escribió repetidas veces que en el aquí y el ahora se halla el camino para descubrir nuestra eternidad y nuestra infinitud. "En el momento que pasa y en el reducido lugar que ocupamos están nuestra eternidad y nuestra infinitud"¹⁵.

Finalmente, quisiera añadir otro aspecto a los enumerados hasta aquí. Se trata de otro matiz que va incluido en cierto modo en lo dicho acerca del presente, sobre todo en expresiones unamunianas como las que aluden a la "vida difusa popular". Lo difuso, lo difuminado, cuanto se cifra en esa palabra unamuniana "nimbo", tendrá una resonancia particular en el mundo oriental. No hace falta insistir en la predilección de la literatura japonesa (y del pensamiento también) por lo nebuloso, ambiguo e impreciso. Rimará más con lo oriental el claroscuro y la llovizna del Unamuno vasco que los perfiles claros y la ausencia de matices del paisaje castellano.

¹² Cf. Y. YUASA: *Filosofía moderna japonesa y pensamiento existencial*, Tokio, ed. Soobunsha, 1970. (He desarrollado algo esta idea al recensionar esta obra en *Pensamiento*, 27 (1971) 76-78.

¹³ D. DILWORTH: "The initial formation of 'pure experience' in Nishida Kitaro and William James", *Monumenta Nipponica*, 24 (1969) 93-111; P. H. FERNÁNDEZ: *M. de Unamuno y William James*, Salamanca 1961.

¹⁴ K. NISHIDA: *Ensayo sobre el bien*, Madrid, R. de Occidente, 1963, pp. 27 ss.

¹⁵ O.C. III, 71 (por no citar más que un ejemplo de *La Vida de Don Quijote y Sancho*).

Para iluminar este punto resulta de interés contrastar *En torno al casticismo* de Unamuno con la *Antropología filosófica del clima*, por Watsuji¹⁶.

Quizás influido por la opinión de los alumnos japoneses y por el hecho de releer a Unamuno en este contexto oriental, me ha parecido ver de un modo nuevo las páginas de *San Manuel Bueno* al meditarlas desde Japón.

La hondura de esta novela, que es poesía, ha desconcertado y seguirá desconcertando a cuantos críticos intentan rastrear en ella una respuesta netamente afirmativa o tajantemente negativa al problema de la fe de Unamuno. Pero no se halla en ella ni la una ni la otra, sino un claroscuro poético; en cuya zona difuminada y crepuscular se insinúa, en un contra-tiempo de palabra y de silencio, el único camino para la solución del "enigma": la sugerencia poética, que ni acaba de hablar ni llega a callarse del todo, situándose en una dimensión más allá de la razón y del sentimiento, más allá de la fe y de la duda, del racionalismo dogmático y del positivismo escéptico, hermanos gemelos por la postura de seguridad en que se instalan...

Para captar a fondo este claroscuro unamuniano habría que desmenuzar una por una todas esas expresiones tan suyas sobre el nimbo, la luz difusa, o la niebla, desentrañadas hace tiempo por Blanco Aguinaga. Sobre ese fondo destaca mejor el simbolismo del lago en *San Manuel Bueno*, "más allá de la desesperación" y se comprende mejor la predilección de don Miguel por lo "nebuloso". Es verdad también que el claroscuro lleva consigo la ambigüedad. Puede interpretarse como alba o como crepúsculo. Pero también es posible fundir con Unamuno la imagen del atardecer con la de la aurora, como en *Paz en la guerra*:

Desde que enviudó Pedro Antonio, solo en el mundo, vive tranquilo y sin contar sus días, gozándose en despertar cada mañana a la vida sin sobresaltos ni congojas. Su pasado le derrama en el alma una luz tierna y difusa; siente una paz honda, que hace brote de sus recuerdos esperanza de vida eterna... es su vejez un atardecer como una aurora...¹⁷

En este final de *Paz en la guerra*, como en su obra gemela *San Manuel Bueno*¹⁸, es posible descubrir el camino hacia una interpretación positiva de lo que el "Don Miguel de verdad" sentía en el fondo acerca del "enigma". Este don Miguel fue el que escribió aquello de "dejad que se apague, el sol de la vigilia engañadora, dejad que el sol del mundo se os apague y en las tinieblas del alma se os poblará de luceros el cielo del espíritu.

¹⁶ He desarrollado este punto en una comparación de Unamuno y Watsuji en *Razón y Fe*, diciembre, 1971. Un primer capítulo de la traducción española de la citada obra de Watsuji ha aparecido en el número de enero de 1972 de la *Revista de Occidente*.

¹⁷ O.C. II, 295-296.

¹⁸ Cf. C. PARIS: *Unamuno. Estructura de su mundo intelectual*, Barcelona 1968, pp. 210 ss.

Y entre ellos vuestra estrella norte..."¹⁹. Y el que cantó al final de sus días:

El alba de mi vida cantando se cerró
y hoy en mi dulce ocaso se me abre la canción²⁰.

Al poner punto final a estas líneas sueltas pienso que sobre cada uno de los rasgos unamunianos aquí indicados es mejor remitirse a lo que han dicho en detalle los respectivos especialistas. La única aportación que quizás justifique el que haya tomado la pluma es el contexto japonés en que se han redactado estas notas. Quisiera terminar repitiendo que ha sido la relectura de Unamuno en Japón y las impresiones recibidas de su lectura por japoneses las que me han hecho mirarlo desde un ángulo nuevo. Cuando se difundan más las traducciones de Unamuno, que han comenzado a aparecer ya en japonés, y aumente, por otra parte, el interés español por lo nipónico, se abrirá un campo interesante para los estudios comparativos de dos culturas que, por ser tan distintas, tienen mucho que decirse mutuamente. Como también decía Unamuno, un cartujo puede aprender de un budista y no tiene por qué el europeo considerarse como centro del mundo.

JUAN MASIÁ CLAVEL, S. J.

*Facultad de Letras de la
Universidad Sofía
7 - Kioichoo
Chiyoda-ku
Tokyo - Japón*

¹⁹ O.C. VIII, 214.

²⁰ O.C. VI, 954.